

XVIII.

DOMICIO.

Nueva guerra civil. ¿Roma no podrá gozar en paz el dominio de la tierra?

ANTONIO.

¿Cómo consentir, Domicio, que reine sobre el mundo ese mancebo, ese Octavio?

DOMICIO.

Peor es en verdad que reine esa manceba, esa Cleopatra.

ANTONIO.

No provoques mi ira. Le inmolé ya mas de un

amigo mio, y me cuesta trabajo, mucho trabajo refrenar mi cólera.

DOMICIO.

A lo ménos, Antonio, ya que impera con tanto imperio en tu corazon, presérvala de los horrores y de los peligros de esta guerra, no la traigas al campamento.

ANTONIO.

Me ha pedido con grandes instancias el correr mi misma suerte, y me ha prestado poderosísimos auxilios. Dejadme pues en paz, y no volvais á exigirme que me separe de Cleopatra.

CANIDIO.

Yo no soy del parecer de Domicio. Cleopatra ha traído fabulosas riquezas á esta guerra; doscientas naves para la armada, víveres en cantidad tan grande, que podrian alimentar tres ejércitos, y la crecidísima suma de veinte mil talentos de plata. Luego su ausencia desconcertaria á los egipcios, que componen el grueso de nuestra ma-

rina. Y Cleopatra que lleva en sus manos el cetro de Egipto, como si fuera ligero ramillete, no es inferior ni en génio ni en fortaleza á los reyes hoy sometidos á tus órdenes.

DOMICIO.

Permíteme, Antonio, permíteme á un general fidelísimo deplorar tu proceder. La compañía de Cleopatra te obliga á fiestas, y las fiestas á dispendios. La isla de Samos se ha convertido con tu visita en una inmensa orgía. Todos los sacerdotes que tiene Baco desde Siria hasta Armenia é Iliria han acudido á tu llamamiento. Cada colegio sacro te ha enviado un buey coronado de flores; cada monarca un presente para los festines, cada ciudad un coro de cantores y una compañía de músicos y comediantes; de suerte que mientras la tierra entera resuena con los gemidos y los sollozos, tu corte resuena con las cítaras y los versos; celebrándose en ella los preparativos de una matanza como si fueran los resultados de una victoria.

ANTONIO.

Yo procedo como descendiente de Hércules y

como discípulo de Baco. Y ya adivino cuanto dices al saber que he regalado á los cómicos y á los farsantes, en premio de algunas horas, no tanto de placer como de olvido, una ciudad entera.

DOMICIO.

Por esas locuras se va irremisiblemente á próxima ruina. No te engañes, Antonio. En todas partes asoman señales de la cólera de los dioses contra ti, contra tus empresas. La colonia Pisaura, que fundaste á las orillas del Adriático, acaba de sumergirse como un barco que hace agua. Tu estatua de Alba ha sudado por sus poros de mármol frío sudor de angustia. El templo de Hércules, tu ascendiente, ha sido devorado en Patrás por el fuego celeste. El huracán se ha llevado en sus remolinos la estatua de Baco, que resplandecía en la Gigantomaquia de Atenas. Una tempestad ha derribado las estatuas de Attalo y de Eumenes, que ostentaban en el pedestal tu nombre, mientras las demás no señaladas con este signo, han permanecido intactas. Y en la nave Almirante, que conduce á Cleopatra, han anidado golondrinas, á los pocos dias exterminadas al par de sus hijuelos por otras misteriosas que venian con el hambre de los buitres y con sus implacables entrañas.

ANTONIO.

¿Qué me importan todas esas señales, cuando tengo tan poderosos ejércitos? Ochocientas naves se mueven al eco de mi voz. Doscientos mil infantes siguen mis enseñas. Doce mil caballos hacen estremecer la tierra que pisan con sus fuertes herraduras. Me siguen, como tributarios, innumerables reyes; Bocchus que domina en Africa; Tarcodemus que se enseñorea de la Cilicia superior; Philadelfo á quien los paflagones obedecen; Mitridates, el de Commagenes; Adallas, el de Tracia, y sin contar los que me han enviado ó sus herederos ó sus tenientes, todos acostumbrados así á la dominacion de los pueblos, como al mando de los ejércitos, y tan ilustres por sus espadas como por sus cetros. Con mi oportuno llamamiento tengo casi todos los reyes, con Cleopatra casi todos los dioses y con mi brazo la fuerza de Roma. ¿Quieres que tiemble todavía ante esa mujerzuela que domina en el Capitolio y que espera dominar en el mundo?

DOMICIO.

A lo ménos te ruego que des la batalla en tierra, no en mar.

ANTONIO.

¿Por qué?

DOMICIO.

Parece imposible que preguntes por qué, siendo general, y general de imperecedera memoria. Porque en tierra le llevas la ventaja á Octavio, y en mar Octavio te la lleva á tí. Me dirás que son más numerosas tus naves; pero tambien son más pesadas. Y en toda lucha marítima la victoria depende más que de la fuerza del empuje, de la ligereza de los movimientos.

ANTONIO.

Y tú ¿qué dices á esto, Canidio? Habla, general, hable tu experiencia militar.

CANIDIO.

Yo digo que es más ventajosa la batalla terrestre.

CLEOPATRA (*apareciendo de súbito*).

¿Qué oigo! ¿Es Canidio quien da tal opinion?

CANIDIO.

¡Cleopatra! Estoy perdido.

DOMICIO (*llamando la atencion de Antonio sobre un libro*).

Mira lo que dice uno de nuestros grandes maestros, y aprovecha sus lecciones.

CLEOPATRA (*acercándose al oido de Canidio*).

¿Es posible? ¿Un general hace lo que no haría un esclavo? ¡Tan pronto te has olvidado de los tesoros que te dí para sostener ante Antonio la preferencia de la batalla marítima!

ANTONIO.

¿Decias, Canidio?...

CANIDIO.

Decia, Antonio, que era preferible á la batalla terrestre la batalla marítima.

DOMICIO.

¡Pero si ántes dijiste lo contrario!

CANIDIO.

Te engañas.

DOMICIO.

¡Pero si lo he oido yo!

CANIDIO.

Pues si lo has oido, te han tristemente engañado tus orejas.

DOMICIO.

Pues dí las razones que tienes para preferir el mar inseguro á la segura tierra.

CANIDIO (*balbuciente*).

Tengo que.....

DOMICIO.

¿Balbuceas?

CLEOPATRA (*en voz baja*).

¡Imbécil!

ANTONIO.

Yo cortaré la disputa con una suprema palabra. Combatimos en la mar porque así lo quiere Cleopatra.

CLEOPATRA.

¡Bien, mi leon romano!

ANTONIO.

Ya sabes que tu voluntad es mi ley, hermosa serpiente del Nilo.

CANIDIO (*para sí*).

No me sacó de mal apuro.

DOMICIO.

¿Lo veis? ¡Oh dioses!

XIX.

ARISTÓCRATES (*en las playas egipcias*).

Nada he podido saber de la batalla, nada de mi amigo Antonio. La impaciencia me devora, y por más que he pedido consejos á la filosofía, no he hallado ningun reposo. El peor de los estados del alma es la incertidumbre. Creo ver allí un marino que ha desembarcado recientemente. Le preguntaré lo sucedido.—Marino, ¿qué ha pasado en la guerra?

MARINO.

¡Ah! No quieras saberlo.

ARISTÓCRATES.

He tomado en la filosofía fuerza para sufrirlo todo.

MARINO.

Mas yo en verdad te digo que no las tengo para contarlo.

ARISTÓCRATES.

¿Ha muerto Antonio? ¿Acaso Cleopatra?

MARINO.

Más les valiera haber muerto.

ARISTÓCRATES.

Luego ¿viven?

MARINO.

Viven.

ARISTÓCRATES.

Respiro.

MARINO.

Buenos dias. Me voy.

ARISTÓCRATES.

Permíteme que te detenga en esta playa y te suplique me narres la inenarrable tragedia. Por tus palabras, por tu tristeza, ya veo que todo ha sido funesto. Pero deseo saber las particularidades. Dimelas.

MARINO.

Antonio, contra el consejo de sus compañeros, empeñó la batalla en los mares: funesto empeño! Presintiendo los soldados la catástrofe, le gritaban mostrándole sus adiestradas espadas y diciéndole: «Fíate en este acerado hierro y huye de esos podridos leños.» Tres dias despues de haberse avistado las flotas enemigas, por la punta de Accio, el mar se ensoberbeció tanto que ni unos ni otros pensaron en combatirse, porque ni unos ni otros pudieron domeñar las olas. Pero, al quinto dia, los vientos cayeron; serenáronse las aguas, y las dos escuadras se aparejaron á luchar y se pusieron en guardia. Antonio, desde una chalupa, visitaba sus navíos y animaba á los tripulantes, como Octavio, que tambien inspiraba á los suyos con su presencia ánimo y valor. Cuando

inspeccionaba éste su ala derecha, vió con sorpresa que nosotros estábamos inmóviles, como si tuviéramos echadas las anclas, y se detuvo á ocho estadios de nosotros. Era la sexta hora del día. Fresco viento sopla; nuestra escuadra se adelanta, y los soldados de Antonio claman, impacientes por romper en guerra, seguros en sus naves, tan fuertes y tan colosales como baluartes flotantes. Una circunstancia terrible agravaba nuestra posición; no teníamos remeros. En vano se levantaron numerosas levas en las tierras de Grecia; en vano se recogieron segadores, jornaleros, gente ajena al mar; la falta de brazos añadía pesadumbre y solidez á la inercia natural de aquellas naves. Así cada nave de Antonio se encontraba cercada á un mismo tiempo por tres ó cuatro naves de Octavio. Y como las naves nuestras permanecían inmóviles, semejábase aquel sangriento encuentro en las aguas á una batalla terrestre, ó mejor dicho, á un verdadero sitio en regla. Las maniobras mayores se verificaban entre nuestra ala derecha, un poco apartada del centro, y el ala izquierda de los enemigos, que tendía fuertemente á envolvernos. Pero la batalla estaba indecisa, cuando, aterrada Cleopatra por las flechas y venablos que llovían en todas partes; por los heri-

dos que manchaban las aguas con sangre; por los muertos que se derrumbaban en los abismos, huyó á todo huir en su nave capitana, rompiendo y desconcertando nuestra escuadra. Apenas vió Antonio aquella fuga, cuando, en vez de detenerla y obligarla á permanecer á su lado; en vez de huir de ella y abismarse en la pelea, despreció á los que mataban y morían por él, siguiéndola como un tierno amante, olvidado de ser un general que debía mirar con igual indiferencia al amor y la muerte. Se resistieron algún tiempo los nuestros; pero doblaron al destino su frente, y Octavio pudo decir que había recogido trescientos navíos y sepultado cinco mil cadáveres en los abismos insondables.

ARISTÓCRATES.

¿Y Cleopatra? ¿Y Marco Antonio?

MARINO.

Cerca del Peloponeso, la nave de Antonio abordó á la nave de Cleopatra, y aquél se juntó á su real amante. Pero avergonzada, confusa, no salió la reina en tres días con tres noches de su camarote; y Antonio, sentado á proa, sumido en meditación profunda, inmóvil, como si apenas

respirase, miraba alternativamente cielo y mar, rodando por lo interior de su espíritu extraños pensamientos. Al cabo de estos tres días, pasados sin verse y sin hablarse, como si hubieran para siempre acabado sus amores, juntáronse como ántes, y se dieron á sus antiguos trasportes yá su delirante entusiasmo.

ARISTÓCRATES.

¿Y las tropas de tierra?

MARINO.

Permanecieron fieles á su general, hasta que, habiéndolas abandonado los dos principales tenientes de Antonio, primero Domicio, pasado al comienzo de la batalla, y luego Canidio, huido más tarde, se dispersaron unos y se rindieron otros, acabándose así poderio tan grande y gloria tan excelsa.

ARISTÓCRATES.

¿Y los dos amantes?

MARINO.

Á estas horas deben hallarse en el seno de Egipto.

XX.

ANTONIO.

Dejadme, amigos míos; dejadme romper las ligaduras de la vida.

LUCILIO.

Pero ¿qué intentas?

ANTONIO.

He repartido los restos de mis riquezas entre los últimos compañeros fieles, y al ver las infamias y las traiciones que han rodeado el ocaso de mi poder y de mi fortuna, ya no quiero la vida. Ayer los reyes me besaban los piés, y hoy se burlan de mí los esclavos; ayer los sacerdotes me erigian altares como á un Dios, y hoy me tienen por

protervo y maldito como á una bestia; ayer temblaban los pueblos en mi presencia, y hoy de mí se rien. Bajo el peso abrumador de estos desengaños, sólo queda un refugio, el refugio en brazos de la muerte.

ARISTÓCRATES.

No te desesperes, Antonio. La rueda de la fortuna da muchas vueltas. En los bordes del horizonte, por oscuro que parezca, no se borra jamás el reflejo último de la esperanza. Como reverdecen los árboles, puede reverdecer el laurel de tu gloria.

ANTONIO.

Caton se mató al ver muerta la libertad, Bruto al ver muerta la República. ¿Por qué no he de matarme yo al ver muerto mi antiguo poderío? (*Quiere atravesarse el corazón con su espada, pero se lo impiden Lucilio y Aristócrates.*)

LUCILIO.

No porfies.

AGATOCLES.

No delires.

LUCILIO.

Consérvate para el mundo.

ANTONIO.

¡Para el mundo, que me rechaza!

ARISTÓCRATES.

Consérvate para Roma.

ANTONIO.

¡Para Roma, que me maldice!

LUCILIO.

A lo ménos para tus amigos que te aman.

ANTONIO.

Vosotros sí. ¿Pero qué me habláis de amistad? Decio huyó de mis mares. Canidio dejó en el

campo, sin guía y sin general, á mis tropas. Cleopatra, por quien yo desafiara la cólera de Roma, corrió en su galera lejos de mí, cuando más necesitaba yo de ser animado por el soplo de sus labios y por la lumbre de sus ojos. Los reyes, que se hundian serviles en el polvo, al pasar mi carro de guerra, y que me alargaban como en ofrenda sus cetros y sus coronas, se han pasado al enemigo victorioso, y se han reido en sus festines de Antonio y de su derrota. Comprended cómo estará mi corazón de triste y desesperado. Ya que me impidais la muerte, ya que os gozeis en ver cómo padezco, dejadme á lo ménos confinarme en esa torre de las costas,alzada entre el desierto de las olas y el desierto de las arenas, y á la cual he dado el nombre de Timon para recordar mi ódio á los hombres y mi eterna misantropía.

ARISTÓCRATES.

Te dejaremos con una condicion.

ANTONIO.

Dila.

ARISTÓCRATES.

Con la condicion de que has de darnos tu espada.

ANTONIO.

Tomadla, amigos. ¿Para qué me sirve? No he sabido superar el ódio de Octavio, venciéndole, ni la amistad de Aristócrates, matándome. Tomadla en buen hora.

LUCILIO.

Celemos por aquí. Impidamos de todas maneras su inútil sacrificio.

ANTONIO (*en lo alto de la torre*).

El mar, que brama; el desierto, que levanta, cuando el huracan lo azota, montañas de arena; el cielo, implacable y sordo á mis clamores; grandes compañeros de mi soledad y de mi tristeza. Muchos dolores hay esparcidos en el mundo. Guerrean los peces, devorándose unos á otros en continuos combates; desgájense los cielos en diluvios que inundan, en rayos que abrasan, y en huracanes que talan y destruyen; el desierto es continuo teatro de catástrofes sin medida y eterno panteon de pueblos sin número; nadie sabe cuántos males se desencadenarán allá en los astros;

pero estoy seguro que en ninguna parte existe un dolor tan agudo como el dolor de mi corazón, ni una batalla tan empeñada y sangrienta como la batalla de mis sentimientos. Odiemos á los hombres. Aprendamos en Timon de Atenas el horror á la humanidad. Leamos ejemplos de este hombre. Aquí tengo su vida. Un día que le preguntaban por qué acariciaba tanto á Alcibiades, respondió: «Porque está destinado á causar muchos males á nuestros conciudadanos.» Cenaba cierta noche con otro misántropo, único sér á quien veía, y como éste dijese: «¡Qué buena cena!» respondió Timon: «Excelente, si no fuese por la compañía.» Estaba reunido el pueblo en asamblea, y Timon subió á la tribuna para decir á los congregados, que le escuchaban atentos: «Ciudadanos: tengo en mi casa sucio corralillo, y en ese corralillo frondosa higuera: muchos compatriotas se han colgado de sus ramas. Pienso edificar en tal terreno, y os lo aviso para que, si alguno tiene gana de ahorcarse, lo haga ántes que yo haya arrancado la higuera.» Así pusieron sobre su sepultura este epitafio: «Aquí yace Timon el misántropo. Pasa de prisa. Maldíceme si quieres; pero ¡pasa!» ¡Oh, vida, vida mía, que eres larga y profunda corriente de ponzoña, pasa pronto!

VOCES FEMENILES (*al pié de la torre*).

¡Antonio, Antonio!

ANTONIO.

Me parece que oigo dulces voces. La sirena vuelve á levantar su cabeza del seno de las ondas y á sonreirme con venenosa sonrisa. Sus ojos brillan como las primeras estrellas de la tarde en el desierto cielo; sus labios son abismos sonrosados en que se pierden por completo mi voluntad y mi conciencia. ¡Déjame, hechicera, déjame! Tus conjuros mágicos han trastornado mis sentidos, y los han arrancado á la patria, á la gloria, al poder, á la fortuna, para estrellarlos como vistosos juguetes en el desierto donde se arrastran tus cocolrilos y abren su boca tus serpientes. Voy á recostarme sobre estas duras piedras, para morir tranquilo. Y este sueño sólo será muerte para mí, en tanto que para los demás será vida. Pues si tal como soy, permanezco sobre la tierra, el tigre tendrá más compasión que yo de los mortales. Me empeñaré en guerra universal y me cebaré en matanza sin término y sin tregua. Mi mano derecha empuñará una espada; mi mano izquierda una

tea; mi habitacion será el carro de guerra rodando sobre los cuerpos palpitantes y calientes; mi trono pirámides de huesos; mis compañeros los chacales y los cuervos; mi único empeño la destruccion universal; mi única esposa la muerte.

VOCES FEMENILES (*más fuerte*).

Cleopatra te llama.

ANTONIO.

¿Decís que me llama Cleopatra?

VOCES FEMENILES.

Sí, sí.

ANTONIO.

Pues corro á su lado. Volveré á suspenderme de sus labios, á desplomarme en sus brazos. Su aliento me arrebatara de nuevo el sentido. Mas do quier volveis los ojos, allí está la muerte. Si no muero al dolor, moriré al placer. Si no muero al filo de la espada, moriré entre los anillos de la serpiente.

XXI.

THYRSO.

Ya lo oyes.

CLEOPATRA.

Terrible condicion, á la cual prefiero cien veces morir.

THYRSO.

Tú tienes mil medios de matarlo sin que sienta el dolor de la muerte. En tu magia hay conjuros que asesinan, y en tus brebajes hay venenos que dan á las fatigas de la agonía los goces de una divina embriaguez.

CLEOPATRA.

¡Matar yo al valeroso Antonio! ¡Jamás! Por los placeres que te he procurado en esta noche